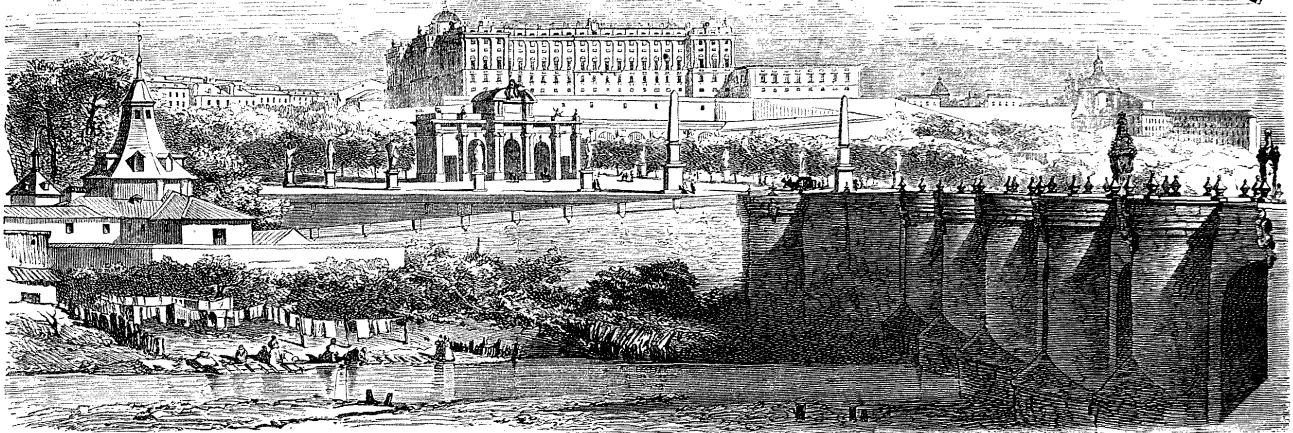


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 30 DE ABRIL DE 1871.

NÚM. 32.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por *D. Isidoro Fernandez Florez*.—La Serrana de la Vera (conclusion), por *D. V. Barvantes*.—Traducción literal del artículo biográfico que vió la luz pública en el periódico portugués «A. Folha», en febrero de 1871: *D. Manuel Maria José de Galdo*, por *D. J. Simoes Dias*.—Revista de los trabajos de las academias y sociedades científicas, económicas y literarias, por *D. Florencio Janer*.—Literatura callejera, por *don Fernando Martin Redondo*.—El melocacto, historia para las niñas casaderas, por *D. Peregrin Garcia Cadena*.—Sueños y realidades. En el aniversario de la muerte de Cervantes, por *D. Jaime Clark*.—No hay deuda que no se pague... Cuento original, por *D. Alvaro Romea*.—Heróica defensa de la torre de Colon en el departamento Central de la isla de Cuba.—Conferencias populares en San Isidro.—Salon de sesiones del Ayuntamiento de Madrid.—Comunion a los enfermos en el Hospital General de Madrid.—*Don José Valero*.—El monumento del Dos de Mayo (soneto), por *D. Luis Vidart*.—Decoracion del primer acto de «Los amores del diablo».—Revista musical, por *D. A. Peña y Goñi*.
GRABADOS.—*Don José Valero*, dibujo de *don A. Perea*, fotografía del Sr. Julia.—Visita de S. M. el rey al Hospital General. Comunion a los enfermos, dibujo de *D. J. L. Pellicer*.—Campana de Cuba. Ataque de la torre óptica de Colon, en Pinto, por los insurrectos, dibujo de *D. A. Perea*, croquis de *D. E. Manera*.—*Don Manuel Maria José de Galdo*, dibujo del mismo.—Salon de sesiones del Ayuntamiento de Madrid, dibujo de *D. J. L. Pellicer*.—Conferencias de los obreros en San Isidro, dibujo del mismo.—Decoracion del primer acto de «Los amores del diablo», dibujo de *D. F. Pradilla*.—Jeroglífico.

ECOS.

¡Felices aquellos tiempos en que rindiendo culto á estas bellas mañanas de abril y mayo, me encaminaba yo al Retiro con mi trajecillo de mezcla de color de ala de mosca, mis botines blancos, mi sombrero de jipijapa y un baston lo más deforme y rústico posible; hecho, en fin, un pastorcito á la moda del siglo XIX! Los guardas del entonces Real Sitio me encontraban todas las mañanas esperando á que se abriesen las pesadas verjas. Yo solia llevar bajo el brazo, envuelto en un pañuelo, una rosca y algun libro de poesias: el pan era para los peces y gansos del estanque grande; las poesias para mí. Llegado que era á la gran sábana de agua, arrojaba en migajas á los patos el alimento susodicho, que ellos devoraban con in-

saciable apetito. Cuando cesaba la benéfica lluvia veaseles llegar batiendo sus alas hasta el balcon de hierro en que yo me apoyaba contemplándolos: me miraban abriendo desmesuradamente sus picos y me pedian con terribles graznidos otra rosca. ¡Hubieran dado fin de todas las existencias del Pósito!

De pronto algun otro filántropo madrugador se acercaba á la barandilla, y la hambrienta turba se dirigia hácia él azotando el agua con el membranoso abanico de sus patas. En vano les llamaba una y cien veces: ¡ya no volvian! Si por la tarde tornaba yo al Retiro de paseo, sin rosca y con sombrero de copa como exige el de-

coro, fingian no conocerme y pasaban á lo largo del balconaje del estanque sin saludarme como de mañana. Alguna vez, herido por su ruin conducta en la sinceridad del afecto que les profesaba, no pude ménos de exclamar: ¡Oh, cielos, quién creyera que se albergase en el corazon de los patos tanta ingratitud como en el de los hombres!

Por desgracia aquellos tiempos pasaron: lo que ántes era *Buen-Retiro*, hoy es *Parque de Madrid*. Cayeron las verjas que detenian á los madrugadores, y los patos se alimentan de la caridad de otros jóvenes sensibles que van, como yo entonces, con su panecillo y su libro de poesias...

¡Malditos treinta años
Funesta edad de amargos desengaños!

como dijo Espronceda cuando perdió las ilusiones que nos hacen madurar y leer versos y echar pan á los patos!

Pero no todos los incautos jóvenes que van al Retiro con un libro debajo del brazo van á leer las églogas de *Menéndez* ó los cantares de *Trueba*. Algunos, seriamente amonestados por sus maestros, se deciden á cargar con un *Manual de Economía*, con el *Derecho Romano* y hasta con un tratado de matemáticas.

Yo tambien, en la época en que se acercaban los exámenes, solia hacer otro tanto. ¡Locura concebible tan sólo en el cerebro solidísimo de un dómíne es creer que bajo la fresca bóveda de follaje que nos brindan las acacias en flor; entre el constante y variado murmullo de los árboles, dulcemente agitados por el viente, y la blanda música que forman los pájaros en las ramas y los insectos entre las hojas y la yerba, ha de seguir dormida dentro de nosotros la masa del placer y el sentimiento!

Me sucedia, pues, que en medio de mis cálculos, cuando trataba de buscar el interés compuesto de una suma ó el logaritmo de un número, tendido yo al borde de alguna torcida y mal cuidada calle, una hoja cualquiera que se desprendia á un soplo del viento, la mariposa que llegaba á posarse atrevidamente sobre el libro, ó la hormiga



DON JOSÉ VALERO.